

junto de palacios que componian el llamado *Hueitecpan* ó gran palacio; pero se asegura que en su construccion se emplearon doscientos mil operarios.

No sé si la cifra adolecerá de exageracion; pero yo mas bien la admito que la rechazo, puesto que los reyes de todas las naciones del Anáhuac, tenian á su disposicion los brazos de la gente del pueblo, y podian disponer de inmensas masas para sus obras, como los monarcas egipcios y del Asia.

Número de hijos que tuvo Nezahualcoyotl. Educacion de ellos. Los hijos del rey Nezahualcoyotl, que ascendian á ciento diez, cincuenta hembras y sesenta varones, tenidos de sus varias mujeres, habitaban vastos edificios contiguos al gran palacio. Dentro de esos mismos edificios habia salones destinados á la enseñanza de los príncipes, donde se instruian, guiados por los mejores maestros, en las letras, en las ciencias y en la manera de gobernar á los pueblos.

A estos ramos del saber quiso Nezahualcoyotl que sus hijos reuniesen otros pertenecientes á las artes, y les hizo aprender á trabajar el oro, la plata, las joyas y los mosaicos de pluma.

Juzgando que sin moral y sin religion los gobernantes no pueden dirigir bien á los pueblos, tenia dispuesto que una vez, cada cuatro meses, concurriesen á escuchar un discurso que abrazase las dos importantes materias referidas, y que era pronunciado por uno de los hombres mas eminentes del sacerdocio, en una sala consagrada al objeto. En esos discursos, el orador se esmeraba en inclinar el ánimo de los príncipes á la práctica de las virtudes y en

separarles de toda senda que no condujese al bien y á la felicidad del alma.

Magnificencia de los jardines de Nezahualcoyotl. yotl, que los notables palacios de que hace un instante me ocupé detenidamente. Nada habia mas hermoso que esos pensiles cubiertos de extrañas y preciosas flores, de estanques, de pajareras, de plantas exquisitas y de corpulentos y copudos árboles. Pero entre todos esos deliciosos jardines, habia uno que se hacia notable por su singular belleza y que se conocia con el nombre de Texcotzinco. Era mas bien que un jardin, un precioso bosque, donde se veian reunidas la majestad de éste con las rientes gracias de aquél. Rodeaba el precioso bosque-jardin, sitio que era el preferido de Nezahualcoyotl para sus frecuentes paseos, un muro bastante alto y grueso. Profundas albercas, espaciosos estanques, pintorescas fuentes, cómodos y vistosos baños y multiplicados canales de riego que cruzaban en todas direcciones, se veian en medio de frondosos árboles, de variadas y fragantes flores, de verde, fresca y abundante grama. Alimentaba estas albercas, fuentes, baños y estanques, el agua conducida de sierra en sierra, desde su nacimiento, por un acueducto sólido, sostenido por gigantescos y robustos muros de argamasa, que iba á una parte alta que tenia el bosque, de donde, como de un monte, se dominaba el resto del jardin y la llanura que se desarrollaba como una alfombra de rosas y verduras. Por unas espaciosas gradas, parte de ellas practicadas en la roca, y la otra parte construidas de argamasa, se subia al sitio elevado y dominante, donde habia un delicio-

so paseo de estrechas calles de árboles, en que se respiraba una brisa fresca y embalsamada por el aroma de las flores que desde la parte baja exhalaban sus perfumes. Como vigilante centinela de aquel recinto, se levantaba, en el punto culminante de la expresada altura, una elevada torre que ostentaba por chapitel, un colosal maceton de donde salian brillantes penachos de vistosas plumas; y debajo de ella, sombreado por un pálio formado de oro y delicadas plumas, yacia reclinado un melencido leon de cuatro varas de largo, ostentando alas y plumas, con la mirada fija en el Oriente, y en cuya boca asomaba un rostro que era el retrato del rey Nezahualcoyotl.

En el principal de los estanques se levantaba una roca que señalaba, en claros geroglíficos esculpidos en ella, los años trascurridos desde el nacimiento de Nezahualcoyotl hasta el instante en que la obra quedó terminada, y los mas preclaros hechos de su vida. Eran dos inscripciones importantes que señalaban dos épocas históricas de alto interés en los anales de la existencia del reino de Acolhuacan. Junto á la segunda inscripcion que patentizaba las proezas del monarca científico y poeta, se hallaban tambien esculpidas en la roca, sus armas. Eran éstas una casa ardiendo en llamas, amenazando desplomarse, enfrente de otra sólidamente edificada, en medio de las cuales se veia una piedra preciosa atada á un pié de venado, del que brotaban unos penachos de plumas y una cierva, encima de la cual se descubria un brazo, empuñando con la mano un arco con flechas. Completaban el escudo de armas, un guerrero con morrion, orejeras y coselete, con dos tigres á los lados arrojando agua y fuego por las

bocas, y por orla doce cabezas de reyes y de señores.

Dos abundantes porciones de agua se desprendian majestuosamente de este monumental estanque, recorriendo y vigorizando la una, la exuberante parte del bosque por el lado delicioso del Sur, y llevando la otra sus fecundantes linfas por el pintoresco punto que se encontraba al Norte.

Tres abundantes albercas se levantaban á distancia conveniente del hermoso estanque descrito, sombreadas por el espeso ramaje de los corpulentos árboles que á distancia próxima crecian.

En la deliciosa alberca que se encontraba en medio de las otras dos no menos admirables, se destacaban tres hermosas estátuas de mujer, alusivas á los tres Estados del imperio. En la alberca que á la parte del Norte se ostentaba á su lado, se levantaba una peña en que se hallaba grabado el escudo de armas de Tollan, capital de los toltecas, y esculpido diestramente en otra caprichosa peña que embellecia la tercera alberca que ocupaba el lado del Sur, se veia el escudo de Tenayucan, corte primera de los reyes chichimecas, edificada por Xolot, cuando se estableció con su errante y numerosa tribu en el Anáhuac.

Abundante y cristalina era el agua que enriquecia esas espaciosas albercas que enviaban sus refrigerantes linfas por numerosos canales que en diversas direcciones cruzaban los jardines; pero se destacaba entre las tres, por su profundo lecho, la que se hallaba ocupando el lado del Sur, desprendiendo de su seno, por anchurosos chorros, una cantidad asombrosa de agua, que, cayendo sobre las peñas formando espumosas y pintorescas cascadas, descendía luego, como brillante y menuda lluvia, sobre una

matizada alfombra de fragantes flores, en cuyos delicados pétalos brillaban temblantes las transparentes gotas, remedando limpios y nítidos brillantes.

Siguiendo una calle de gigantescos árboles que formaban con su espeso ramaje una bóveda impenetrable á los rayos del sol, se llegaba á un delicioso sitio en que, excavados en la viva roca de macizo pórfido, se encontraban espaciosos baños y pórticos y pabellones de mármol, á los cuales se descendía por relucientes peldaños formados en la misma roca, que brillaban por su lustre y la perfeccion con que estaban pulimentados, como limpios y diáfanos espejos. Esculpidos con admirable maestría se veían en el pretil de esta admirable escalera, en signos geroglíficos, la hora, día, mes y año en que el rey Nezahualcoyotl recibió la noticia de la muerte del señor de Huexotzinco, leal y fiel amigo que le había ayudado á recobrar el trono, y á quien profesaba una amistad profunda. La funesta y sensible nueva la llegó á recibir en los instantes mismos en que se terminaba la escalera, y en su pretil quiso dejar consignado aquel triste suceso, como un vivo recuerdo á la memoria de su amigo.

En uno de los pintorescos sitios del majestuoso jardín, cercado de gigantescos cedros y acariciado por las frescas brisas, se levantaba esbelto y grandioso el régio alcázar de agradable arquitectura, notable por la variedad infinita de sus mármoles, con sus numerosas y ventiladas alcobas, sus espaciosos salones y sus anchos patios, donde se aspiraba una atmósfera pura y embalsamada por el blando perfume de las nacientes flores.

A este delicioso alcázar se retiraba con frecuencia el

poeta rey Nezahualcoyotl, para descansar de las fatigosas tareas del gobierno, y entregarse á los goces de la bella literatura, y á la dulce sociedad de sus mujeres favoritas. En aquel poético alcázar tenía destinadas esplendentes habitaciones para sus aliados soberanos de Méjico y de Tacuba, cuando llegaban á visitarle para entregarse con él á los placeres de la caza en las umbrosas selvas que se extendían á corta distancia de la quinta. Enfrente de esas lujosas habitaciones, se ostentaba un espacioso patio en que se verificaban, en determinados días, las mas vistosas danzas y los espectáculos mas dignos y agradables que entonces se conocían entre las naciones del Anáhuac.

Las descripciones de los grandiosos monumentos de la arquitectura texcocana están plenamente confirmadas por las venerandas ruinas que aun quedan semi-enterradas como recuerdos de esa régia quinta, en la desierta y conforme colina de Tezcotzingo, que se descubre á dos leguas de Texcoco. Allí yacen olvidadas y casi ignoradas de la generalidad de los hombres, sin conseguir atraer mas que las miradas de uno que otro viajero que, impulsado por la curiosidad ó el amor al estudio, las examina afanoso, dando forma y vida en su fecunda imaginación á lo que solo son fragmentos ennegrecidos por el tiempo.

Pero no tenía Nezahualcoyotl los bosques y los jardines únicamente con el objeto de recrear los sentidos, sino también con los de ilustrar la inteligencia. Aficionado al estudio de la naturaleza, se recreaba examinando las flores y las plantas, de las cuales procuraba descubrir los secretos y las propiedades. El amor al estudio de la botánica y de la zoología, le hizo que mandase pintar con toda exac-

titud en las paredes de sus palacios, las plantas y los animales de otros climas que no se daban en Texcoco, para poder conocerlos, ya que no le era posible estudiarlos.

Nezahualcoyotl tiene una idea del verdadero Dios, y desprecia interiormente la idolatría. Dedicando una gran parte del tiempo que le permitian sus asuntos de gobierno, á la investigacion de las causas de los fenómenos naturales, llegó á formarse una idea bastante clara de la existencia de un Sér Supremo, y á persuadirse de la falsedad de la idolatría. Dotado de una razon clara y de un juicio recto, perfeccionado con el análisis de los mas bellos objetos de la creacion, confesaba la existencia de un solo Dios increado, invisible al hombre, criador del cielo y de la tierra; recto juez que premiaria despues de la muerte las virtudes de los buenos con inefables goces de eterna ventura, y castigar con terribles penas las acciones de los malvados. No reconociendo en el fondo de su alma mas que una Divinidad, creadora de todo lo existente, la invocaba como á «aquella por quien vivimos y que tiene todas las cosas en sí misma.»

Aunque precisado, para no chocar con las creencias de los demás, á guardar respeto y venerar á los ídolos, enseñó á sus hijos á no reconocer mas Dios que uno solo Todopoderoso, y á desconfiar de las falsas deidades, aunque exteriormente les manifestasen respeto, á fin de marchar en armonía con las creencias de la nacion entera.

Con estas ideas rectas, hijas de una inteligencia superior y de un juicio admirable, era lógico que juzgase indignos de un Dios todo bondad y amor hácia el hombre, la sangre vertida en los altares á los monstruosos ídolos que adoraban. Persuadido de que todo acto inhumano y san-

griento debia pugnar con la dulzura del supremo Hacedor, prohibió los sacrificios de víctimas humanas. Este era un gran paso dado en el camino de la civilizacion y de la humanidad; pero que por desgracia no pudo realizarlo. Los sacerdotes y el pueblo se rebelaron contra aquella disposicion que juzgaron sacrilega, y Nezahualcoyotl se vió precisado á permitirlos, «viendo cuán difícil es apartar á los pueblos de las ideas antiguas en materias de religion» (1).

Esta oposicion de la nacion entera acolhua á la noble idea del mas querido de sus reyes, viene á prestar un vehemente indicio mas, en apoyo de la idea emitida por el profundo observador Humboldt, respecto á que los toltecas observaban, aunque moderadamente, el sacrificio de víctimas humanas.

El reino de Acolhuacan ó de Texcoco, se componia de los restos de la nacion tolteca, de la chichimeca y de la acolhua, fundidas en esta última. Si los sacrificios hubieran estado en pugna con las creencias de una parte de los habitantes del reino, la disposicion del monarca no hubiera encontrado, como encontró, una oposicion absoluta en los sacerdotes y el pueblo todo, ni el rey hubiera ocultado hasta entonces sus creencias «porque no le acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores (2).»

Se ha consignado, por respetables historiadores, que los sacrificios humanos fueron trasmitidos á todas las naciones del Anáhuac por los aztecas ó mejicanos que, dominando el país entero, introdujeron aquel sangriento culto entre los pueblos conquistados. Pero los mejicanos, en la

(1) Clavijero: *Hist. ant. de Méjico.*

(2) Clavijero: *Hist. ant. de Méjico.*

época en que Nezahualcoyotl trató de quitar la sangrienta costumbre, apenas acababan de sacudir el yugo de los tepanecas y de darse á conocer como nacion independiente y guerrera. Hasta pocos años antes, lejos de imponer sus costumbres, eran mirados con desden aun por las tribus menos poderosas. Si los mejicanos hubieran sido los que habian trasmitido á la nacion acolhua el sangriento rito de las víctimas humanas, se habria verificado esa trasmision despues de su preponderancia y no cuando yacían reducidos á los estrechos límites de su aislada ciudad, donde vivian como tributarios del rey de Azcapozalco.

Pues bien, la preponderancia de los aztecas ó mejicanos era reciente; y que la costumbre de la nacion acolhua databa de una fecha remota, está demostrado en el temor que Nezahualcoyotl tenia de que «no le acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores,» viendo «cuán difícil es apartar á los pueblos de las *ideas antiguas* en materias de religion.»

Si el régulo de Colhuacan y su corta tribu se horrorizaron de los cuatro prisioneros que los mejicanos sacrificaron cuando los tenian reducidos á la esclavitud, no debemos deducir por esto que las demás tribus que poblaban el Anáhuac dejasen de practicar el mismo sangriento rito.

No habian impuesto los mejicanos sus costumbres ni su dominio, aun muchos años despues, á varias naciones mas ó menos distantes, y sin embargo, «desde la isla de Cozumel y punta de Yucatan hasta la isla de Sacrificios y Villa de Veracruz, sacrificaban víctimas humanas (1).»

(1) «Carta de la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Veracruz á la reina doña Juana y al emperador Carlos V, su hijo, á 10 de Julio de 1519.»

Nacion bien distante de la de Méjico era la de Cutzala, situada junto á la laguna de Chapala, á 170 leguas de aquella ciudad, y sin embargo sacrificaban anualmente considerable número de niños y de niñas, todos los prisioneros que cogian en sus guerras á la nacion tarasca, que era su enemigo, y se lavaban sus cuerpos con la sangre de los sacrificados, imaginándose que así quedarían fuertes y se hacian invencibles.

No estaban mas próximos á Méjico los habitantes de Teul, indios comarcanos á Guadalajara. El dios de ellos era distinto en el nombre al de los mejicanos: le llamaban *Theotl*; pero no por esto era menos sanguinario que *Huitzilopochtli*. Los teules, atribuyendo á la divinidad que adoraban, deliciosa complacencia en ver humear sus altares con la sangre de seres racionales, le sacrificaban, con reverente afañ, hombres y niños.

Mas lejana aun estaba la provincia de Acalán, por donde Hernan Cortés pasó en su penosa expedicion á las Hibueras; mas no obstante su ningun comercio con los mejicanos, ni aun despues de su engrandecimiento, sacrificaban á una diosa en que tenian mucha fé, doncellas virgenes y hermosas, pues creian que era indispensable que concurriesen esas cualidades en las sacrificadas, para que la deidad no se irritase contra ellos. Con este fin las elegian entre las mas hermosas, y las criaban desde niñas con notable esmero y cuidado (1).

Que «los chichimecas estuvieron mucho tiempo sin usar sacrificios, no teniendo al principio ni ídolos, ni templos,

(1) Carta de Hernan Cortés al emperador Carlos V, escrita en Méjico el 3 de Setiembre de 1526.